

Nueva Ofensiva de los 'Montoneros' en B. Aires

BUENOS AIRES, 27 de agosto (AP).— Los guerrilleros han puesto en práctica una nueva modalidad que aunque no es nueva ha provocado preocupación en los organismos de seguridad originando advertencias del gobierno a toda la población.

Cargas explosivas, ocultas en obsequios florales, provocaron ayer heridas de consideración a tres personas vinculadas como empresas extranjeras, según fuentes policiales.

El gobierno, que no informó oficialmente sobre las consecuencias de la acción, también advirtió a la población "ante un nuevo ataque de la delincuencia subversiva contra el pueblo argentino".

Explicó que "esta vez se realiza mediante explosivos escondidos en correspondencia, obsequios o presentes florales", por lo cual aconsejó a todos adoptar "medidas preventivas al recibir envíos de ese tipo".

Fuentes policiales dijeron que un ejecutivo francés, identificado como Marcel Capdevila, de la Renault en esta ciudad, resultó seriamente lesionado en el rostro, manos y cuello cuando abrió una caja que contenía una orquídea. Fue internado en un hospital, mas se dijo que su vida no corre peligro.

EL DÍA

Marcelo QUIROGA SANTA CRUZ

Los palestinos del Cono Sur

Nos referimos a una especie de reciente formación y, no obstante, en vías de rápida extinción. En otro tiempo se la habría identificado como la de los deportados, desterrados, expatriados o exiliados, expresiones todas que la naturaleza de los hechos sociales de que es fruto esta variedad humana seleccionada para el martirio, torna anacrónicas. Y es que entre esa forma de segregación política resuelta plebiscitariamente que fue el ostracismo ateniense o sus semejantes contemporáneas, y la que ahora forma a golpes esa masa trashumante oriunda del Cono Sur, no hay la menor semejanza. Aquellas procuraban el aislamiento geográfico del adversario político. Esta se propone la persecución y exterminio del enemigo de clase, dentro y fuera del ámbito nacional.

Al inicio de la década del sesenta todavía era posible un exilio que no añadiera a la pena del desarraigo el rigor de la persecución en patria extraña. Era el tiempo en que las disputas políticas en el seno de una misma clase no excedían los límites impuestos por la básica comunidad de intereses. La disensión, por prolongada que fuese, no se insertaba en el curso de la historia y, por tanto, resultaba ocasional; la pugnacidad, por pasional que pareciera, no rebasaba la significación de un pleito de vecindad.

Pero la lucha de clases (esa contienda incesante, de manifestación desigual, que por mucho tiempo enmascaró su desarrollo mostrando la inactividad apariencial, determinada por una prolongada correlación de fuerzas contraria a las masas, como la inexistencia de conflicto) abrió las puertas del escenario político a los que hasta entonces fueron comparsas y modificó la naturaleza de las contradicciones referidas al control del poder.

Es entonces que las menudas divergencias ceden el campo a las inconciliables contradicciones de clase; el adversario político es sustituido por el enemigo de clase; la legalidad protectora del privilegio deviene en obstáculo para conservarlo; el otrora dócil subcontinente adquiere el carácter de inquieta área estratégica de seguridad. Y es entonces, por todo ello, cuando el pueblo latinoamericano descubre que tiene espinaza, que el refugiado político es un sobreviviente de la matanza

que se prolonga en el lugar de su refugio.

Antes que Geisel fue Trujillo; antes que Bánzer, Somoza; antes que el militar anónimo vestido de civil en el Uruguay, fue Pérez Jiménez; antes que Pinochet fue Stroessner. Es verdad. Y lo es, también, que Galíndez cayó lejos de su tierra antes que Prats, Michelini, Gutiérrez, Leighton y Torres. Pero ni la dictadura militar, ni el exilio, ni el asesinato político del refugiado es lo que caracteriza, por sí mismo, la represión política que hoy se desarrolla en el Cono Sur. La singularidad de ésta es que avanza desde el sur a solicitud del norte.

Así se explica ese acoso implacable que acorrala a los sobrevivientes. Brasil en 1964, Bolivia en 1971, Uruguay y Chile en 1973. Cada golpe militar suprimía un refugio precario, expandía el radio carcelario e incrementaba el número de los perseguidos. Al fin, el golpe militar argentino los encontró masivamente concentrados, atrapados, a orillas de ese infortunado país del Río de la Sangre. No se martirizó a bolivianos, uruguayos y brasileños en Chile, ni se les caza hoy, junto a chilenos, en Argentina, porque las víctimas hubiesen intervenido en la política interna de esos países, sino porque la política internacional de la que Bánzer, Pinochet y Videla son expresiones domésticas, los torna enemigos comunes. Tampoco se niega refugio a los pocos que logran huir, por algunos gobiernos latinoamericanos, porque su presencia pudiera poner en riesgo la seguridad del Estado de que se trate, sino porque la expatriación, en esta coyuntura internacional, debe ser de América Latina. Así, un obrero minero boliviano en Estocolmo, o un campesino uruguayo en Bruselas, aunque sobrevivientes, habrán desaparecido de la lucha que hoy libra el pueblo latinoamericano.

Masivamente expulsados de sus respectivos países, sañudamente acosados en el lugar de su refugio, privados de todo documento de identificación internacional, convertidos en apátridas, los perseguidos políticos del Cono Sur reproducen el éxodo de los palestinos, pero con una diferencia: allí las fuerzas de ocupación que los expulsaron de su tierra eran extranjeras.